



Sembradores de esperanza

Día del Seminario 2025



Catequesis para niños

© Editorial EDICE

Edificio «SEDES SAPIENTIAE»

C/ Manuel Uribe, 4

28033 Madrid

Tlf.: 91 171 73 99

edice@conferenciaepiscopal.es

CATEQUESIS PARA NIÑOS

Sembradores de esperanza

Objetivos

- Ayudar a los niños a comprender qué es la esperanza y por qué todos la necesitamos.
- Identificar situaciones concretas en las que las personas de nuestro alrededor necesitan esperanza.
- Presentar la misión del sacerdote como enviado de Dios para llevar esa esperanza que el mundo necesita.
- Anunciar que Dios cuenta con nosotros para esta misión y que nos invita a responder a su llamada, que puede ser a la vocación sacerdotal.
- Recordar que los niños pueden ayudar a los seminaristas y sacerdotes rezando por ellos e invitarlos a hacerlo.

Desarrollo

Había una vez...

había una vez un hombre al que habían despedido de su trabajo;
un abuelo que ya no podía salir de casa y estaba solo casi todo el día;
una mamá que vivía muy preocupada porque uno de sus hijos empezó a juntarse con malas compañías y se estaba metiendo en muchos líos;

una niña que lloraba porque su abuela había muerto;
y una joven que estaba muy angustiada porque había hecho algo que creía era imperdonable.

Y había una vez un sacerdote,
don Ramón, que desde hacía muchos años vivía en el mismo barrio que todas esas personas.

Porque eran todos vecinos, aunque no se conocían, porque ya la gente casi no se conoce.

Pero don Ramón los conocía a todos.

Poco tiempo después de haber sido ordenado sacerdote el obispo le había dicho: «Ramón, tengo una misión para ti. He pensado que te encargues de una parroquia con un nombre precioso: ¡Nuestra Señora de la Esperanza! Necesita un párroco nuevo. Es un barrio que está creciendo y hay familias y abuelos y muchos niños y un par de colegios en los que hace falta que un sacerdote acompañe la pastoral. ¡Vas a tener mucho trabajo y vas a disfrutar mucho, Ramón!»

Y desde entonces habían pasado más de treinta años.

Al principio Ramón tenía mucho que aprender, pero sabía que contaba con Jesús, que lo había llamado para ser sacerdote cuando aún estaba en bachillerato, y que le había enseñado tanto en los años del seminario. Además en las parroquias cercanas había otros sacerdotes mayores que él que le ayudarían en lo que hiciera falta. Y así empezó a ser el párroco de Nuestra Señora de la Esperanza.

Don Ramón había visto crecer a toda una generación.

Porque un sacerdote acompaña a las personas en los momentos más importantes su vida: desde el inicio de la vida hasta que llega el momento de ir al cielo. ¡A cuántos niños había bautizado don Ramón! Al principio llevaba la cuenta, pero el segundo año decidió no contar más. Luego estaban los niños de la catequesis de confirmación y de primera comunión, y sus familias. Eran sus favoritos.

El otro día don Ramón celebró una boda.

Cuando preparaba la celebración con los novios ella le dijo: «Pero, Ramón, ¿no te acuerdas de mí? Soy Laura, me diste la primera comunión y varios años fui al campamento de verano!».

Don Ramón no lo dijo, pero desde el principio pensaba que la novia se parecía mucho a Laura, una niña que hace años venía a catequesis y a los campamentos. Se alegró mucho de ese reencuentro.

Pero un sacerdote no solo está en esos momentos de celebración. En estos años don Ramón había acompañado a muchas personas en el momento difícil de la muerte de un familiar o un amigo. Había visto llorar a muchos y les había recordado que, aunque lo parezca, la muerte no es el final. También había estado cerca de muchas personas

en el momento de ir al encuentro definitivo con Jesús. Y había sido testigo de una presencia misteriosa, que dejaba una paz y una luz que hacían de la muerte un milagro. Había visto a Jesús y a su Madre, la Virgen, al lado de muchos enfermos y moribundos.

Y eso era lo mejor. No que la gente se muriese, no. Me refiero a que cuando le preguntan a don Ramón qué es lo mejor de ser sacerdote, él siempre dice: «¡Ser testigo de lo que hace Jesús!». Porque un sacerdote vive todos los días con Jesucristo y, atento a él, va dónde él le dice, para llevar lo que todos necesitan: la esperanza de Jesús.

Esta mañana, después de estar un tiempo largo —como una hora o más— con Jesús, que es la cita más importante del día, don Ramón ha desayunado lo de siempre: le encantan el café y las tostadas, y luego ha sacado el móvil para ver qué tiene hoy después de la misa. Lee un *whatsapp*: es Mónica, pregunta si puede hablar con él un rato, está muy preocupada por su hijo, anoche no vino a dormir a casa. Responde que por la tarde, después de llevar la comunión a don Fidel, puede dedicarle un tiempo. Por la mañana irá al colegio, a confesar a los niños de 5.º de primaria. Espera poder hablar con Leire, su abuela murió la semana pasada y ella está muy triste. Don Ramón quiere recordarle lo del cielo, que es lo más importante.

Con todo esto en el corazón esa mañana celebra la misa de 10:00. No viene mucha gente, pero son su familia y los conoce a todos. Los domingos es otra cosa, hay gente de pie y todo. Es su día favorito, aunque sea el más cansado. Los domingos se siente como con la alegría del día de Reyes, es como estar invitado a una fiesta de cumpleaños o como cuando toda la familia tiene comida en casa de la abuela.

Al terminar la misa de 10:00 don Ramón se queda un rato en el banco de la capilla, dando gracias. Esa mañana solo pudo estar medio minuto, porque lo interrumpió el llanto de alguien que acababa de entrar a la iglesia. Miró hacia atrás, una chica joven lloraba. Se acercó para preguntarle si podía hacer algo por ella. Entre sollozos ella dijo que era muy mala, que había metido la pata hasta el fondo, que no tenía solución. Don Ramón le recordó algo muy importante: que todo tiene solución. Y le dijo que si quería, podía contarle lo que había pasado. Ella preguntó si podía pedir perdón, eso de la confesión, pero que hacía mucho que no se confesaba y que no recordaba cómo se hacía.

Don Ramón le dijo que él le ayudaba. Fue una confesión preciosa. ¡Qué paz reflejaba el rostro de la joven cuando se marchó!

Al salir del colegio, por la calle, un hombre abordó a don Ramón. Pedía ayuda, la preocupación se veía en sus ojos. Le contó que tenía tres hijos pequeños. Su problema era que lo acababan de echar del trabajo. Don Ramón lo invitó a pasar esa tarde por el despacho, con la ayuda de los voluntarios de Cáritas verían qué podían hacer. De vuelta a casa don Ramón se acordó de que el marido de una catequista tenía un taller y que acababa de jubilarse uno de sus empleados. Le llamó inmediatamente.

Después marchó a visitar a don Fidel, llevando la comunión en el bolsillo de su camisa. Al poco de regresar a la parroquia llegó Mónica, muy preocupada por su hijo. Cuando terminó de hablar con don Ramón veía las cosas con más esperanza.

A don Ramón aún le quedaba día: iba a confesar en la misa de la tarde, que celebraba un sacerdote joven que ahora era su mano derecha y que estaba aprendiendo mucho desde que llegó a la parroquia. Aún no lleva ni un año ordenado sacerdote. Don Ramón dice que ha sido el gran regalo de este curso. Después cenarán juntos, antes de terminar el día.

Y así es como había una vez un sacerdote que llevó una semilla de esperanza a un hombre que había perdido su trabajo, a un abuelo que ya no salía de casa, a una madre preocupada por su hijo, a una niña que estaba triste por la muerte de su abuela y a una joven que necesitaba ser perdonada.

Al terminar el día don Ramón se acostó, cansado pero muy agradecido. Su vida tenía sentido. Rezó por todos a los que había tratado a lo largo de esa jornada. Ya casi se estaba quedando dormido cuando una duda le asaltó el corazón: se le ocurrió pensar en quién lo sustituiría cuando ya no estuviese. «Últimamente parece que no son muchos los chicos que se plantean que Jesús los pueda llamar a ser sacerdotes. ¿Y si se acabaran?». Este pensamiento lo estremeció, como cuando te da un escalofrío de los malos. Pero enseguida brilló una esperanza en su corazón. Don Ramón recordó que Jesús no deja de llamar, pensó que

¡ahora mismo Jesús está llamando a otros jóvenes para esta misión!, y que por eso siempre hay esperanza. Esperanza de que no faltarán sacerdotes que sean sembradores de esperanza para muchos.

Y don Ramón se quedó plácidamente dormido.

Posibles preguntas

¿Por qué los personajes de esta historia necesitan esperanza?

¿Quién les ayuda? ¿Cómo lo hace?

¿Qué le preocupa a don Ramón?

¿Conoces a alguien como don Ramón?

¿Cómo podemos ayudar a los sacerdotes y a los que Jesús llama a esta vocación?

Textos bíblicos que pueden acompañar la catequesis

Mc 1,14-20.

Lc 4,14-22.

Hch 10,37-43.

